



Carta de un condenado a muerte

Cipriano de Rivas Cherif.

LA personalidad política y humana de Cipriano Rivas Cherif está íntimamente ligada a la de su amigo y cuñado Manuel Azaña. Quizá si no hubiera sido por esta amistad, Rivas Cherif nunca habría participado en la vida política del país. En efecto, su vocación estaba absolutamente ligada a la carrera literaria y teatral: ya a los 16 años publicó un libro de poesía, titulado **Versos de abril**; más adelante escribió también novelas cortas como **Los cuernos de la luna**, y tradujo a diversos autores franceses, ingleses y, en especial, italianos, como Dante, Pirandello o Papini. Pero al lado de esta dedicación a la literatura, Cipriano Rivas Cherif se doctoró en Derecho por la Universidad de Bolonia en 1914, y poco después de su regreso de Italia conoció en el Ateneo de Madrid a quien iba a ser su gran e inseparable amigo, Manuel Azaña. Fruto de esta amistad sería la fundación de la revista **La Pluma** en 1920, donde ambos colaboraron hasta su desaparición en 1923, año en que Rivas Cherif pasó a ser secretario de redacción de la revista **España**. Al lado de esta actividad literaria, Rivas realizó una no menos importante labor teatral, que culminó en 1930 con su nombramiento como director del Teatro Español de Madrid, y subdirector del Conservatorio. Además, fue fundador del Teatro-Escuela de Arte y Premio Nacional de Literatura por su obra el **Teatro del siglo**.

El 18 de julio de 1936 sorprendió a Rivas Cherif en México durante una gira teatral con la compañía de Margarita Xirgu, de la que era director. Inmediatamente volvió a España para estar al lado de su cuñado y servir a la República, tan necesitada en aquellos momentos de hombres fieles y valiosos. Fruto de esta colaboración política fue su nombramiento como cónsul en Ginebra; en cuanto

tal, participó en la Delegación Española en las Naciones Unidas, donde haría ingentes esfuerzos para negociar a favor de la República con los Gobiernos democráticos de Europa. En febrero de 1939, perdidas las últimas esperanzas de alcanzar una paz negociada con Franco, y tras el derrumbamiento de todos los frentes, Rivas Cherif salió de España con su cuñado para establecerse en Francia. Allí, y tras la invasión alemana, fue apresado por la Gestapo, en colaboración con la policía española, en la madrugada del 10 de julio de 1940, junto con Cruz Salido, Zugazagoitia, Campanys, Teodomiro Menéndez y Juan Peiró. Trasladado a la Dirección General de Seguridad para ser interrogado, el 21 de octubre de 1940 fue juzgado en Consejo Sumarísimo al lado de sus compañeros, y condenado a muerte. En la cárcel de Porlier, mientras esperaba el cumplimiento de la sentencia, escribió en diciembre de 1940 —pocos días después del fusilamiento de Zugazagoitia y Cruz Salido— una carta a sus amigos, o «testamento político», donde recuerda los momentos más graves pasados por Manuel Azaña durante los tres años de guerra civil. Inédita hasta este momento, debemos su publicación a la generosidad de Cecilio Márquez Tornero, compañero de prisión de Rivas Cherif, y en la actualidad Vicepresidente de ARDE, quien la ha mantenido guardada durante todos estos años, y a las amables y desinteresadas gestiones de Isabelo Herreros.

Esperamos que el testimonio de Cipriano Rivas Cherif sirva como complemento a los estudios sobre Manuel Azaña publicados en el número de abril de **TIEMPO DE HISTORIA**, y como contribución adicional al conocimiento de su figura, en el año del centenario de su nacimiento. ■ MARIA RUIPEREZ.

MIS queridos amigos: En los primeros días del mes de enero de 1936, poco antes de mi salida para Cuba y México con la compañía teatral que dirigía, tuve una conversación, que ya me interesó entonces mucho, y ha venido a ser después interesantísima, con el amigo entrañable de tantos años, verdaderamente fraternal desde su matrimonio con mi hermana. De algún tiempo atrás no me había deparado la ocasión, que aquel día se presentó, de que renovásemos por unas horas nuestras mutuas confianzas. La circunstancia de mi próxima partida, que ya no me era dado rehuir por los compromisos con mi empresa, le hizo mostrarse conmigo particularmente explícito en los temores con que rebatía mis esperanzas respecto a la situación política que se anunciaba. Por aquellos mismos días le traían a mal traer las dificultades, que parecían invencibles y que, en el fondo no se vencieron nunca, para la afirmación del Frente Popular en las elecciones a la sazón inminentes.

Creía el entonces Presidente de Izquierda Republicana que las tales elecciones estaban en trance de perderse para nosotros, y con ello la República; y que en caso de que pudiéramos obtener el triunfo electoral, éste sería tan precario en punto a la diferencia de votos y, por lo tanto, en punto al número de diputados, contra las derechas, que no habría modo de gobernar con tales Cortes.

Yo le aduje, interpretando lo que me parecía el sentir general y el ambiente nacional, que las elecciones serían un éxito rotundo en cuanto al triunfo de las izquierdas y

Mis queridos amigos: En los primeros días del mes de enero de 1936, poco antes de mi salida para Cuba y México con la compañía teatral que dirigía, tuve una conversación, que ya me interesó entonces mucho, y ha venido a ser después interesantísima, con el amigo entrañable de tantos años, verdaderamente fraternal desde su matrimonio con mi hermana. De algún tiempo atrás no me había deparado la ocasión, que aquel día se presentó, de que renovásemos por unas horas nuestras mutuas confianzas. La circunstancia de mi próxima partida, que ya no me era dado rehuir por los compromisos con mi empresa, le hizo mostrarse conmigo particularmente explícito en los temores con que rebatía mis esperanzas respecto a la situación política que se anunciaba. Por aquellos mismos días le traían a mal traer las dificultades, que parecían invencibles y que, en el fondo, no se vencieron nunca para la afirmación del Frente Popular en las elecciones a la sazón inminentes.

Creía el entonces Presidente de Izquierda Republicana que las tales elecciones estaban en trance de perderse para nosotros, y con ello la República; y que en caso

que tendría que encargarse inmediatamente del Gobierno. Protestó en contra con vehemencia. Quería reservarse. Le parecía perjudicial para el régimen republicano la insistencia en un solo nombre como posible restaurador de los principios tergiversados desde la crisis de 1933, en que él abandonó el poder con los socialistas, y sobre todo a todo lo largo del año 34. Opinaba que si como yo, muchísima gente más creía, se ganaban efectivamente las elecciones, sería conveniente que cualquiera

otro prohombre del Frente Popular, el propio Martínez Barrio, por ejemplo, presidiera el primer Gobierno que a consecuencia de las elecciones se constituyera. Con ello se aquietaría, no ya sólo la enemiga creciente contra él en que iba concitándose de tiempo atrás y por manera tan señalada el odio de los enemigos declarados, sino la reserva y aún la animadversión que su postura política suscitaba en las mismísimas filas del vasto conglomerado izquierdista. Harto se le alcanzaba la envidia de que era objeto.

Me permití decirle entonces, y no me equivoqué, que no podría sustraerle al empuje de la opinión pública, que le reclamaría al frente de, gobierno como legítimo responsable de la política proclamada en el Campo de Comillas. Podría tener toda la razón teóricamente y no tenía yo ninguna bastante fuerte para oponerme a su dialéctica irrefutable, pero mi instinto no me engañaba. Mi predicción era fácil: «Tendrás que encargarte inmediatamente del gobierno —insisti— y cuando izquierdas y derechas se alcen, como se alzarán, contra don Niceto, tendrás que ser Presidente de la República». Aquí sus protestas subieron de punto. Le pareció un disparate. Si no había modo de sostener a don Niceto —cosa lamentable siempre, porque él quería ver afirmarse la República en la duración legal de sus poderes legítimos— habría que buscar un Presidente que pudiera mantenerse en la pura ecuanimidad constitucional. Apremiado por mi incredulidad, me dio un nombre: Giral. Yo le opuse, con mi instinto de hombre de la calle y de las tertulias de café, mi opinión contraria. Tal vez Giral podría ser el Presidente perfecto de la República española al cabo de seis años, cuando menos. Era acaso un excelente Presidente de la República francesa, es decir, el hombre capaz de mantener y fijar un régimen asentado, encauzado y fortalecido previamente en la ejemplaridad autoritaria del definidor de unos principios, puestos en obra por sí mismo. La gente no se equivocaba, ni yo con ella.

No se resistió a mi insinuación. Me pareció, incluso, que no me había opuesto su

repulsa sino para que yo le repitiera las razones que me parecía que él mismo había de darse en el fondo de su ánimo. Yo apoyaba mi opinión en esta consideración fundamental: Si lo que él se proponía, más que una política inflexible, era el fundar la República en un régimen



D. Manuel Azaña Díaz (1880-1940).

de verdadera opinión, y que ésta se contrastase en el Parlamento, sin que los gobiernos que se apoyaran en el voto de los electores tuvieran que temer las asechanzas de la vieja política; si lo que él se proponía era dar cauce a las nuevas instituciones, era evidente que en ninguna parte podría hacer obra más útil que en la Presidencia, donde el sólo ejercicio discrecional del poder aseguraría la permanencia de los Gobiernos y el agotamiento de las Cortes al término legal de su mandato.

Burla burlando me dijo entonces algo de que después se ha defendido, contra su propio pensamiento de aquella vez, cuando alguien se ha atrevido a insinuarle y aún a proponerle que se erigiera en dictador. Me dijo, sonriéndose, que tal vez lo que necesitaba la República y España no era un Presidente, sino un Gobernador General. Insistió en la broma, recreándose en el nombre: «Gobernador General de la República». A mis labios vino el nombre de Cromwell y él se rió, ya francamente. Muchas veces me había dicho y me ha repetido después que la República no había podido conseguir cincuenta Gobernadores civiles. También recordamos aquel día y cuántas veces más tarde, en estos últimos años, que el 10 de agosto de 1932, el Consejo de Ministros que él presidía se negó a pedir al Parlamento los plenos poderes, que en aquella ocasión no le hubiese regateado. También ha recordado alguna otra vez conmigo, un artículo de Ossorio y Gallardo —creo que en LUZ— advirtiendo a la opinión sobre «el inquietante caso del señor Azaña», en quien creía descubrir veleidades punto menos que musolinianas.

El 12 de enero de 1936 salí de Madrid. Al ir a arrancar el tren, se acercó un amigo al grupo de los que me despedían y habló unos minutos con mi cuñado. Dándome éste el último apretón de manos, me dijo, repitiéndome la confianza que acababa de recibir: «¿Sabes a quién quieren hacer Presidente de la República las derechas cuando ganen las elecciones?: ¡A Sanjurjo!».

Al embarcar en Veracruz, el 16 de julio, de regreso a España, me enteró el Cónsul en el momento de zarpar, que había estallado el movimiento militar en Africa. Tres días después, nuestro Embajador en La Habana, Domingo Barnés, me recibía alborozado con la noticia, que le parecía ser la del final del abortado movimiento, de haberse estrellado Sanjurjo en el aeródromo de Lisboa.

Luego de no pocas vicisitudes —en que eché de ver, a través de nuestros representantes consulares en Nueva York y en El Havre—, la inconsistencia de tal representación, y de darme cuenta en nuestra arribada forzosa a Southampton, y a mi paso rápido por nuestra Embajada en París, que las graves dificultades con que ya tropezaba nuestro Gobierno, desasistido de los de Francia e Inglaterra, reservados e indecisos para con nosotros, llegué a Madrid —por Barcelona y Valencia— el 7 de agosto (de 1936).

No más llegar me fui a cenar a Palacio, donde residía el Presidente en las habitaciones —tristísimas— de la planta baja, que fueron del Príncipe de Asturias. No más verle, y a las pocas palabras, me di cuenta de la situación que se le antojaba gravísima. Aquella noche oí por pri-

La que podría obtener el triunfo electoral, este sería un precario en punto a la diferencia de votos y, por lo tanto, en punto al número de diputados, con las derechas, que no habría modo de gobernar con tales datos.

Yo le dije, interponiendo lo que me parecía ser el criterio general y el ambiente nacional, que las elecciones serían un acto rotundo en cuanto al triunfo de las izquierdas, y que tendría que envasarse inmediatamente del gobierno.

Protesté en contra con vehemencia. Ignora cuerrase. Le parece prejudicial para el régimen republicano la insistencia en su rol como posible restaurador de los principios tergiversados desde la crisis de 1933, en que el abusivo el Poder en los socialistas, y, sobre todo a todo lo largo del año 34. Opinaba que si, como yo, se unieran mucha gente más, sería, se ganaban efectivamente las elecciones, sería conveniente que algún otro voluntario del Frente Popular, el propio Martínez Casado por ejemplo, proveyera el primer Gobierno que —consecuencia de las elecciones se constituyera. En ello, se aquietaría, no ya solo la enemiga reciente entre el era que iba constituyendo de tiempo atrás

mera vez, a alguno de los que allí estaban, entre los ayudantes, secretarios y algún amigo particular, la palabra «paseo». Eché de ver que delante del Presidente no se podía no hablar de aquellas represalias insensatas contra los que formaban ya en lo que después calificó Mola de 5.^a Columna. Hasta mi llegada no había podido darme cuenta de lo sucedido. Ignoraba las circunstancias en que se había intentado formar el Gobierno Martínez Barrio y, en que se formó inmediatamente, el que a la

sazón pugnaba por gobernar, de Giral. Hasta mucho después, y puedo decir que con detalle hasta el año pasado y ya en Francia, no he sabido exactamente de sus labios las peripecias e incidencias políticas de aquellos primeros días de la guerra. Me extrañó no ver entre los asiduos a Casares Quiroga. Al saber que, sin duda, se consideraba molesto con el Presidente, a quien yo sabía le unía una sincerísima admiración, a que mi cuñado correspondía con lealísimo afecto, corrí a su casa. Casa-

res me dijo que estaba, no molesto, sino en carne viva. Según él, el Presidente le había sustituido sin comunicárselo siquiera. Versión muy distinta me dio mi cuñado.

Yo había propugnado siempre, entre bromas y veras, incluso llamándole «mi jefe» de un partido ideal —el Inmoderado—, en que yo consistía por mí mismo, toda la **masa**, la candidatura de Casares para Presidente del Consejo, cuando Azaña lo fuera de la República. Completamente en serio había rebatido siempre Azaña tal opinión. El estimaba a su antiguo colega de Gobernación, pero no creía que tuviese dotes presidenciales. Como es sabido, Azaña quería hacer Presidente a Prieto, cuyos defectos no ignoraba tampoco, aunque le parecía que podía compensarlos su indudable entendimiento político. No sé si todo el mundo sabe (tampoco lo he sabido yo con esa precisión

hasta mucho más tarde) que Azaña al ofrecerle el poder en mayo de 1936, lo hizo aun a riesgo de que tuviera que romper aquél la disciplina de su Partido, seguro de que el Parlamento —incluso buena parte de las derechas— le hubieran otorgado republicanamente la confianza nacional que los socialistas le retiraron. Prieto se negó por motivos tan respetables como equivocados a nuestro entender, y el Presidente tuvo que comenzar su mandato depositando su confianza en el amigo en quien la fingían los propios socialistas, sin querer compartir su responsabilidad para mediatizarlo como lo mediatizaron. Azaña se ha culpado después conmigo, de no haber tenido entonces fuerza de voluntad para resistir a la tentación de descanso que su nueva situación le ofrecía. Contra lo que yo había pensado siempre de Casares y contra lo que mucha gente pudiera creer, éste, por

reacción *natural* contra esa creencia, se esforzó en aparecer como verdadero Ministro responsable y en sustraer al Presidente de la República, no ya el ejercicio del Gobierno que no le competía constitucionalmente, sino incluso del obligado consejo y aún del conocimiento de la situación del país. Azaña, fatigadísimo de su campaña de febrero a mayo, aceptó el retiro que las circunstancias le ofrecían en la Quinta del Pardo, y aceptó sin protesta eficaz el que al Presidente del Consejo se le pasaran los días sin verle. Lo peor es que el Presidente del Consejo rehuía los avisos de cuantos le advertían del peligro. Y si alguna vez su amigo el de la República le insinuaba alguna pregunta concreta sobre los rumores alarmantes que llegaban a sus oídos, recibía del Primer Ministro toda clase de seguridades en su previsión; actitud en cierto modo paradójica de la que cuatro años antes, pero



Segundo Gobierno Provisional de la República, primero de los presididos por Manuel Azaña: De izquierda a derecha, de pie, los señores Prieto, Domingo, Largo Caballero, De los Ríos, Martínez Barrio y Nicolau D'Oliver. Sentados: Alborno, Giral, Azaña, Lerroux y Casares Quiroga. A la derecha, una caricatura de K-Hito, alusiva al nuevo Gobierno.

cuán conscientemente y con cuán diferente resultado, había asumido el propio Azaña ante el levantamiento del 10 de agosto.

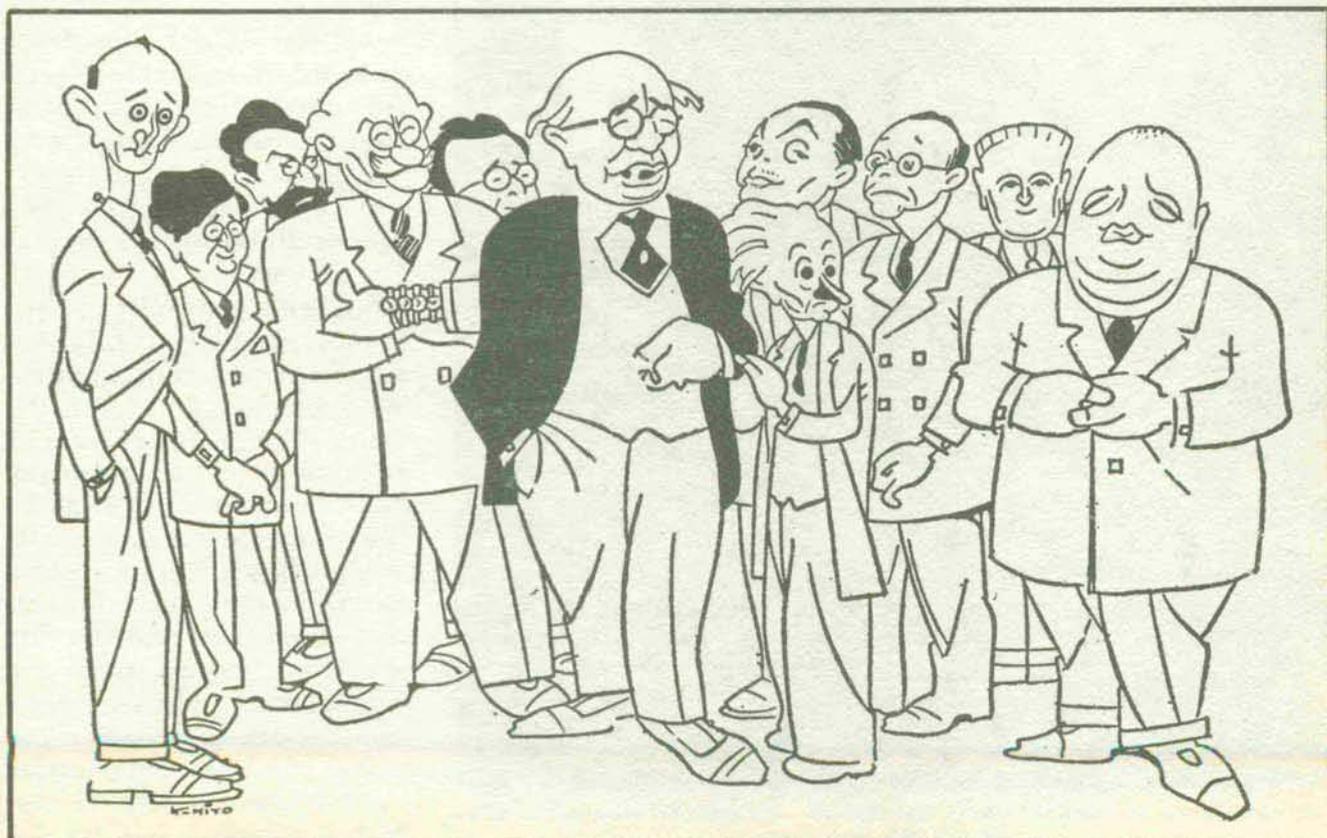
Azaña veía, escandalizado en su buen juicio, cómo la mayoría parlamentaria aplaudía frenéticamente a Casares cuando éste declaraba, poniendo sobre su pupitre del Banco Azul no sé qué armas decomisadas por la Policía, que el Gobierno era un «belligerante» contra el fascismo. Pero creía que sí se podía dominar la situación y restablecer el orden alteradísimo por los atentados que mutuamente escaramuzaban ya los extremistas de uno y otro bando, el otoño lo más tarde, la incapacidad para el Gobierno de los que se habían apoderado del Frente Popular, se haría evidente ante el propio Parlamento, donde tal vez fuera hacedero buscar un compromiso entre Izquierdas y derechas, de que saliera un Gobierno posible hasta ago-

tar todas las posibilidades del quinquenio constitucional de las Cortes. Su obsesión presidencial, contrariamente a lo puramente caciquil de don Niceto, era el intento de acostumar a los españoles a la mutua transigencia política en el ejercicio de los Gobiernos emanados de la voluntad del país, representada en el Parlamento.

Pero hasta se habían dado cuenta las derechas inexorables de que su enemigo principal era el Presidente de la República, ya que de triunfar su criterio liberal, el orden que se estableciera residiría siempre en una mayoría adversa a las oligarquías del dinero, del clero y de la aristocracia decaída, apoyadas en un militarismo desenfrenado. No procuraron, pues, otra cosa, que la destrucción del régimen republicano por la violencia.

Al estallar el Movimiento, Casares Quiroga que, traicionado por los militares y

desprovisto de información suficiente, no sabía cómo afrontar el conflicto, no supo ya sino ir dando cuenta por teléfono al Presidente de la República, de cómo se iban levantando las guarniciones sublevadas. El Presidente requirió telefónicamente a Miguel Maura, que se hallaba en Segovia o en La Granja, según creo, para que, secundando sus deseos, prestase su concurso a Martínez Barrio para la formación de un Gobierno en que cupieran representantes de cuantos Partidos hubieran votado la Constitución republicana. Maura adujo que ya era tarde. Martínez Barrio declinó el encargo que se le había conferido y nunca ha sabido el Presidente, si ello se debió, como alguien ha dicho, a que el de las Cortes recabara la sumisión de los sublevados, sin obtener respuesta siquiera o, como le dijo el propio interesado, porque los socialistas le negaran su concurso. Lo que sí



sé es que cuando Azaña quiso hablar con él no más que a la mañana siguiente de haber rehusado el encargo, Martínez Barrio ya se había ausentado de Madrid, sin despedirse, a donde no volvió, pretextando no sé qué funciones que se arrogó en Levante.

Pretendí yo, en tanto, como pretexto más que por otra cosa, para permanecer en Madrid al lado de mis hermanos, con mi mujer y mis hijos, que se me confiara la organización de la propaganda oficial, hasta entonces no ya deficiente, sino abandonada a la competencia libre de los Partidos, y después manifiestamente contraria al signo netamente republi-

cano. Yo apoyaba mi pretensión en el éxito reiterado y probadísimo de mi propaganda teatral, no tan diferente de la necesaria a la política, como puede parecerle al mal entendedor. Tras de muchos elogios al proyecto que ofrecí a Giral y Esplá, a la sazón subsecretario de la Presidencia, no se consideró pertinente mi pretensión. Ello ha tenido más consecuencias, como apuntaré luego, de lo que a primera vista parece también.

En aquellos primeros días de mi estancia en Madrid me di cuenta de la gravedad de la situación por las conversaciones en que mi cuñado pudo enterarme de lo ocu-

rrido y de lo que podía ocurrir. Sustituyó, en efecto, a Casares, porque éste, en el aturdimiento que siguió a sus seguridades de pocos días antes, avisó una noche por teléfono a la Presidencia de la República para que se dispusiera a abandonar Palacio y Madrid, ante la inminencia de la entrada de los sublevados en Carabanchel. Cuando el Presidente se había ya despedido incluso de sus ayudantes se recibió un nuevo aviso de Casares de que todo había sido una falsa alarma. Doy este detalle, como mi cuñado me lo dio a mí, para que puedan los que aún no lo sepan, hacerse una idea del desconcierto u desorientación imposibles en que seguía Casares debatiéndose con los sucesos en que no había querido creer. En tales condiciones se encargó Giral del poder, y siempre le he oído al Presidente defender aquella resolución heroica con que se encargó de un Gobierno al que nadie obedecía.

A instancias del Presidente de la República, el Gobierno Giral hizo una representación a Francia e Inglaterra —a la primera muy especialmente— para que nos proporcionaran las armas que, como era de derecho, teníamos a comprar; y lo que es más, estábamos obligados a hacerlo preferentemente a los franceses, en virtud del último Tratado de comercio, en que nos fue materialmente impuesta por ellos dicha cláusula. Por otra parte, se significó a Francia igualmente la obligación en que con nosotros estaba de oponerse, como país co-Protector en Marruecos, a impedir que las tropas regulares, súbditos del Sultán, combatesen contra el Gobierno español. Los france-



Última fotografía del general Sanjurjo, tomada momentos antes del accidente de aviación que le costó la vida.

rez, por ejemplo que el año 34, de haber podido, le hubiera matado a él». Cuando después lo he comentado con él, me decía el Presidente que precisamente esa consideración, con que Ossorio pretendía consolarle, era lo que le desesperaba.

Deseoso mi cuñado de alejarme del ambiente de Madrid y de verme lejos con mi mujer y mis hijos, consintió gustoso en que Barcia, que se encontraba apurado ya por la creciente defección de los diplomáticos de carrera, me nombrara Cónsul en Ginebra. Antes había yo rechazado la Embajada en Bruselas, por considerarme sin suficiente personalidad política para ese cargo de tanta responsabilidad. Cuántas veces he deplorado después aquella modestia mía, que no impidió otros nombramientos y que tal vez privó al Presidente de una persona de absoluta confianza, como hubiera tenido en mí. Bien es

verdad que mi experiencia ginebrina me ha demostrado hasta la impotencia a qué me hubiera visto condenado de todas suertes, como él se vio, en definitiva, por los propulsores de una política disparatada.

El Consulado de Ginebra llevaba aneja la Secretaría Permanente de la Delegación española en la Sociedad de Naciones; pero este título pomposo no respondía a ninguna realidad efectiva. Apenas llegado allí, Alvarez del Vayo, Ministro ya del Gobierno de Largo Caballero, que acababa de tomar posesión, me hizo notar que mi actividad sería meramente burocrática. No podían evitar, sin embargo, él y Azcárate, reciente Embajador en Londres, que yo informara particularmente al Presidente como debía.

Visto desde el primer momento que Inglaterra y Francia no nos ayudaban, pensó el Presidente, sin dejar

de protestar contra semejante política monstruosa, que no nos cabía otro recurso que el aceptar su punto de vista, por absurdo que fuese, y ver de ganar, si no la guerra, la paz. ¿Cómo? Sometiéndonos de grado a la **no intervención**, utilizándola incluso para ver de obtener que Alemania e Italia no se lanzasen a la ayuda decidida a los rebeldes y, sobre todo, instándoles a que mediasen no en nuestra guerra civil (y aun en ella, si era necesario), sino con Italia y Alemania, antes de que cometiesen contra la República española actos incalificables, indeclinables e irreparables, de agresión.

El Presidente tropezó con la resistencia de todos sus colaboradores. Engañados por el fácil espejismo de la primera resistencia, todos dieron en creer que ganaríamos la guerra como por arte de birlibirloque, con lugares comunes y revolución social.



Artillería de campaña en los alrededores de Madrid, a finales de 1936. (Cámara-Press).

En los medios políticos, incluso en los más afectos, fue un tópico lo de que «el Presidente era un pesimista».

Como en cierta ocasión, pasado un año de guerra, me encargaba que le dijese a Osorio que no se había equivocado más que en las fechas, el entonces Embajador en París, me contestó: «¡Pues ahí no es nada. El tiempo lo es todo!». El Presidente creía que el tiempo podía ser decisivo si se aprovechaba, pero no era así.

Cuando al cabo de dos años, Negrín se vio Presidente del Consejo, me dijo en la visita que le hice en Valencia, que no sólo le parecía legítimo, sino obligado, el que el Presidente interviniera directamente en la política internacional de la guerra, y que ésa era la razón principal de haber hecho a don José Giral Ministro de Estado. No fue así, ni mucho menos. Negrín, que en los primeros días y aún los primeros meses, se mostró contrariamente a Largo Caballero, solícito para con el Presidente, pronto empezó a soslayar, luego a sustraer y más tarde a contrariar decididamente las iniciativas y consejos que aquél pudiera sugerirle. Pronto se le vio entregado de lleno, tanto a más que Largo Caballero en su primer período, a las sugerencias y consignas comunistas. Y, lo que fue peor, con el beneplácito e incluso el entusiasmo de casi todos los republicanos.

Al surgir la cuestión entre Prieto y Negrín por sus discrepancias fundamentales en punto a la conducción de la guerra, y aun de la política interior, el Presidente reunió con él y con el propio Negrín a cuantos —de Martínez Barrio a los jefes sindicales más destacados— le habían ha-

pretenden haberle impuesto en algún momento a través de otros.

Lo más triste es, que lo que hubiese en España, y que ni él ni nadie podría de momento prever, no se habla por los destacados en América, sino por los mismos españoles. Tenía muchos, y con ese dolor se ha muerto, que no supiéramos sino desfogarnos los unos a los otros.

Unos días antes de nuestro exilio, recibió el Presidente inspurcamente la visita de Negrín, de quien no habíamos vuelto a saber palabra. Eran las diez de la noche y yo me hallaba en casa de Montilla. Cuando regresé, y ya se había ido el visitante. Nos invitaba al Presidente y a mí, a tratarnos con él a Inglaterra. El Presidente rechazó la invitación. «¿No te parece — me dijo — que yo no debo ir con Negrín a ninguna parte?»

Gravemente enfermo del corazón desde Mayo del año pasado, ha muerto en Montauban el 3 de Noviembre, a consecuencia, sin duda, de un infarto. Me mataban por él. Y ha muerto por mí. Me cumple la empresa delicadísima de guardar en memoria. Deja invitadas las miradas políticas, que tiene mi hermana. Deja aún más, incompleta, una novela magnífica «Friedrich», comenzada hace diez años y que concluía en un país rico. Últimamente ten

blado de la imposibilidad de continuar con la dictadura **negrinista**. Pues bien, una vez en presencia de él, nadie afrontó la responsabilidad de sus palabras del día anterior. Prieto salió del Gobierno, y tampoco fue a las Cortes a exponer las razones de su discrepancia. Negrín le tachaba pura y simplemente de derrotista.

De mal en peor las cosas, y resistentes siempre Negrín, Vayo y Azcárate, como principales responsables de nuestra política extranjera, a las insinuaciones reitera-

das del Presidente para entablar gestiones de paz, pretextando siempre que no era el momento oportuno, tuve yo la ocasión de hacer alguna gestión particularísima, y a título de información, cerca de los representantes de los demás países en Ginebra, con ocasión de la, a la sazón, próxima reelección de España para un pueblo semi-permanente en el Consejo de la Sociedad. El resultado de mi información, que como era obligado transmití al Ministro, y como era en mi natural al Presidente, fue

desgraciadamente corroborado por la realidad. España perdió la silla, como cualquier Negus. A consecuencia de aquella información, en que necesariamente dejé traslucir que la opinión del Presidente de la República no había variado desde el primer día de la guerra, en punto a la necesidad de abreviarla, ya que no se había podido evitar, y de zanjarla, por muchas concesiones que hubiese que hacer, con tal de que en España subsistiese, cuando menos, el signo y los principios elementales del régimen republicano, Negrín decretó mi destitución, so pretexto de que yo había abusado del parentesco y la confianza del Presidente de la República.

Este respondió a mi destitución y a la insidia nombrándome Introdutor de Embajadores, Jefe del Gabinete Diplomático de la Presidencia. Con tal carácter regresé a Barcelona y me instalé en casa de mis hermanos, en junio de 1938. Poco había que hacer ya, pero por si acaso, el Ministro de Estado, que lo era orra vez Vayo, me recordó el exacto cumplimiento de mis deberes protocolarios, según los cuales

yo no podía visitar sino a los representantes extranjeros debidamente acreditados como Jefes de Misión. Como no había ya más Embajadores que el de Francia y Méjico, dicho se está, que se me impidió así todo trato ni conversación con los Encargados de Negocios. El Presidente quiso, además, que me sujetara estrictamente a lo ordenado y con él me recliné en casa, sin ver a otras personas, y ello a título de puro cumplido personal, que a las que iban a las audiencias de Pedralbes.

Transcurría el tiempo y pese a todas las consignas, se perdían batallas en todos los terrenos. Vayo y Azcárate seguían diciendo que una victoria militar decidiría nuestra suerte política internacional; mientras los generales responsables de las operaciones, fiaban siempre también en la posibilidad de un cambio de Francia y de Inglaterra con respecto a nosotros, o en el estallido de la guerra mundial, que creían habría de salvarnos. El Presidente no cesaba de decir que la guerra general no estallaría hasta no decidir la suerte final de la contienda española.

Llegó la hora de nuestro desastre militar en Cataluña y al Presidente le cogió tan desprevenido por el Gobierno en punto a su seguridad personal, que estuvimos sin alojamiento a donde dirigirnos, viviendo cuatro días unos kilómetros antes del Cuartel general. Salimos de nuestra residencia particular cuatro días antes de la entrada de los nacionales en Barcelona. Luego de ser bombardeados las dos noches que pasamos en los altos de Caldetas, encontramos alojamiento decente en el Castillo de Peralada, a 6 kilómetros de Figueras. Allí tuvo lugar el 22 ó 24 de enero de 1939 la dramática escena en que, virtualmente la República se vio vencida en las personas de sus representantes y defensores más calificados.

A instancias del propio Presidente, que no conseguía ver al del Consejo desde nuestra llegada cuatro días antes, se presentó éste por fin, acompañado del General Rojo, a quien también había solicitado. El General no se recató ya ni poco ni mucho para decir —por primera y última vez— que se había desbandado el Ejército de Cataluña y que nada quedaba que hacer. «¿Se puede intentar la resistencia en el Centro?», le preguntó Azaña.

«Se puede resistir un mes, dos y costar la resistencia cien mil bajas más. La guerra está perdida». «Entonces, replicó el Presidente, sin la menor objeción de Negrín y dirigiéndose a él, no queda más sino que recabe usted los buenos oficios de los Gobiernos francés é inglés, por ver de obtener un armisticio en condiciones humanitarias. ¿Quiere usted que vaya yo mismo a Pa-



El Presidente de la República, D. Manuel Azaña, en compañía del embajador de Francia, M. Herbet y señora.

rís?». Negrín dijo que no era cosa de que se sometiera a tan terrible prueba. Salió Azaña de la conversación y me dijo con alivio, casi con alegría: «Pax». Era su única ambición. «Vengo a hablaros con palabras de paz», fueron sus primeras palabras públicas a raíz de las elecciones de febrero. Si la policía no se ha incautado de él, esas palabras habían quedado impresas en un disco, que yo guardaba.

El 31 de enero el Gobierno no había considerado pertinente aún hacer la gestión acordada por el Presidente de la República y el del Consejo, ante el General. Se reunieron las Cortes, ausentes ya los más de los diputados, y acordaron la confianza a Negrín para la continuación de la resistencia. Al día siguiente, ante la insistencia del Presidente del Consejo y el de las Cortes, para que no continuáramos en aquella residencia que empezaba a ser peligrosa, incluso por la falta de comunicaciones, si quedaba, como quedó en seguida completamente obstruida la carretera general, salieron de Peralada el Presidente de la República, su mujer, un ayudante y un secretario, dirigiéndonos al Cuartel general, en busca de un alojamiento que el Gobierno tampoco sabía hallar. Nos refugiamos en una casa, poco más que de peón caminero, donde el cocinero tuvo que hacer la cena en el campo. Al tercer día, es decir, el 4 de febrero ya, el Subsecretario de Estado, Quero, me avisó que el Embajador de Francia y el Encargado de Negocios de Inglaterra, a quienes había visto en Perpignan —a donde iba a dormir todas las noches, como Vayo—, estaban extrañadísimos de no recibir ninguna

17) se repetición de que siempre que se reunía la
masa... Escribió... el día de...
... en su propia casa y... Me dijo entonces:
"Me ven más de encima y de dentro, así me comen-
táis a mi noticia de que se había proclamado la Repu-
blica".

¿Qué nos compete hacer? Lo que por mi parte que
España necesita un Protector, un Gobernador General,
un dictador, es, que liberalmente, encare a los espa-
ñoles la transición para vivir, necesaria a toda
República.

Hicimos, pero, ante todo de reintegrarnos a un
propósito, antiguo y renovado, de Acción Republicana

solicitud de ayuda. Quero quedó encargado de decirles que desde hacía diez días se habían encargado de hacer tal el Presidente del Consejo y el Ministro de Estado. Aquella tarde quiso el Presidente visitar la instalación del Batallón presidencial, acuartelado en una masía a unos pasos ya de la frontera. Comprendimos que, sin decirlo, quería despedirse de sus soldados. Formado el Batallón, el Presidente lo revistó a cabeza descubierta y cuadrándose ante la bandera gritó: «¡Soldados, viva la

República!». Le contestó una voz unánime. Uno de ellos gritó a su vez, igualmente contestado: «¡Viva don Manuel Azaña!». Un inoportuno allí presente, quiso intervenir también con un «¡Viva Cataluña!». Nadie respondió. Cuando regresábamos decía el Presidente, corriendo su emoción, con un rasgo de humor a propia costa, como hacía muchas veces, al comentar el grito del soldado en su honor: «Sería de mi pueblo». Al regresar a casa nos esperaba el Embajador francés.

Aquella noche fueron Negrín, Vayo y Giral con Martínez Barrio. El segundo redactó una carta comunicando al Embajador de Francia que a la mañana siguiente pasaría la frontera el Presidente de la República española para instalarse en la Embajada de España en París. Vayo preguntó al Presidente si no se avendría a ir a Madrid o a Cartagena. El Presidente le dijo que sabía Negrín y el Presidente de las Cortes su resolución de no regresar a España y de dimitir inmediatamente de las Cortes su resolución de no regresar a España y de dimitir inmediatamente en el caso de tener que pasar la frontera; pero que surgida la eventualidad de hacer alguna gestión por ver de aminsonar las consecuencias de nuestra derrota en punto a represalias y seguridad personal, se avenía a ir a París, donde se le reuniría luego Negrín. En tanto, había de darse cuenta al país por radio la salida del Presidente y de su estancia en nuestra Embajada. Negrín no fue a París. A poco de nuestra llegada, de que el Embajador Pascua no sabía nada, o tal decía, llegó un emisario con una carta, pidiendo al Presidente que se trasladara a Madrid. Después fue Vayo con la misma pretensión y encareció el entusiasmo de la población y la seguridad de la resisencia a ultranza.

Azaña comunicó a cuantos fueron a verle: Martínez Barrio, Casares, Lasa, Barcia, Largo Caballero, Araquistain, Fernández Clérigo y no digamos Giral y el general Saravia, que con nosotros vivían, su propósito de no volver a España. Todos estuvieron conformes, aunque Martínez Barrio era opuesto a que dimitiera. Apareció allí el general Rojo, que iba a ver al Embajador y quiso saludar al Presidente, en unión



Azaña, en la fotografía, ocupó la Presidencia de la República de mayo de 1936 a febrero de 1939.

del general Jurado. El Presidente pidió al general una carta en la que repitiera los mismos términos de su conversación en Paralada. Así lo prometió Rojo; pero Hidalgo de Cisneros, que presenció la petición y la promesa, se lo dijo al Embajador. Al día siguiente, Giral recibió una carta del general —que tampoco dio a conocer al Presidente hasta mucho después—, en que éste decía no podía cumplir su promesa, porque Pascua le había dicho que el deseo del Presidente ¡era anticonstitucional! Entretanto, pasaban los días y ya el 22 o el 24 de febrero me llamó el Embajador francés para decirme, de parte del Ministro Bonnet, que desde una quincena atrás, esperaban la respuesta de Vayo a la pregunta que aquél le había hecho referente al número de personas que, según él, habían de salir necesariamente de España. Vayo le había contestado que unas diez mil, a lo

cual el ministro francés había respondido a su vez que un poco tarde era; pero que procuraría, de acuerdo con los ingleses, procurar esa evacuación, si el Gobierno español establecía rápidamente las listas y disponía tan numeroso viaje. Vayo no contestó nunca más. Lord Halifax, Ministro inglés de Negocios Extranjeros, ofreció de todos modos la mediación de Inglaterra, para un armisticio. Negrín contestó, por telégrafo igualmente que, consciente de su fuerza, el Gobierno español no creía llegada tal oportunidad. Francia, ante el ejemplo de Inglaterra, dispuesta a reconocer a Franco, quería con los ingleses que su reconocimiento fuese a cambio de su intervención moral con los vencedores. También me pidió el Embajador francés que dimitiera el Presidente antes del reconocimiento del gobierno español franquista para que no pareciese que «la República francesa le

daba el golpe de gracia a la española». Le contesté que a mi entender, el Presidente de la República no haría tal, porque una de las razones de su dimisión era precisamente el abandono en que, incluso a última hora, nos dejaban Inglaterra y Francia.

Muy poco antes de nuestra salida para una casa que yo había alquilado en la Alta Saboya, donde estaban mis hermanos, mi mujer y mis hijos, se presentó el Ministro de Hacienda Méndez Aspe, a quien no había podido ver hasta entonces, con dos decretos a la firma: uno enajenando todos los bienes, muebles e inmuebles del Estado español en el extranjero, a una sociedad anónima. Otro, vendiendo al Gobierno ruso unos barcos que, se hallaban detenidos en los puertos de Rusia, a cuenta de no sé qué deudas. El Presidente se negó terminantemente a firmar el primero, incluso con el informe favorable de un jurisconsulto como Sánchez Román, y accedió a que le llevaran a la firma el segundo, pues que de todas

suertes habían de quedarse en Rusia aquellos barcos, y ya que su importe, de unos cuantos millones, había de pasar al socorro de los españoles evadidos.

El 26 de febrero o el 27, no recuerdo bien, dejamos París. El 28 o el 29 (creo que era bisiesto el 30), se presentó en nuestra casa de Collonges-sous-Salève un emisario de la Embajada, con el Decreto de los barcos a la firma. Una vez que la obtuvo, se presentó otro —luego supimos que habían ido juntos, con orden de visitar al Presidente separadamente— con un telegrama de Negrín conminando irrespetuosamente al Presidente, en nombre del Gobierno, para que se presentara en Madrid. El Presidente redactó en seguida su dimisión, que me dio a leer. Me pareció —y se lo dije— que pecaba de lacónica. Accedió a encabezarla con la declaración de Rojo y quedó, sobre poco más o menos, en estos términos: «Habiéndome dicho el General en Jefe responsable de las operaciones militares, en pre-

sencia del Presidente del Consejo, que la guerra estaba perdida, y ante el reconocimiento del Gobierno de Franco por los de Francia e Inglaterra, cúmpleme comunicar a V. E. mi dimisión de Presidente de la República española.—Collonges-sous-Salève, 1.º de marzo de 1939.— Excmo. Sr. D. Diego Martínez Barrio, Presidente de las Cortes. París».

Ni entonces ni después supo nunca el Presidente que unos delegados de Izquierda Republicana habían ido a París en su busca. Fernández Clérigo, que sólo al cabo de un año quiso ver al Presidente, aunque tampoco con mucho empeño, no le escribió nunca a tal respecto. Mal podía haberle dicho el Presidente, lo que sólo ahora he sabido que Fernández Clérigo puso en su boca ante dichos comisionados, con referencia a mi intervención decisiva en su resolución de no volver a España. Ciertamente que entonces, y creyendo como él que su venida sólo era para alentar una resistencia inútil ya, y que sería onerosísima, estuve de acuerdo con todos los que le decían que no debía volver. Muy otra cosa le había dicho meses antes. Preguntándome una vez, en el curso del mes de noviembre del 38 y hallándonos todavía en su casa de La Barata, cerca de Tarrasa, cuál era mi sentir si Negrín, como ya le había anunciado, le invitaba a trasladarse a Madrid o a Cartagena, si se perdía Cataluña; le dije sin ambages que debía ir, y yo con él, claro. Esto respondía a una discusión un tanto violenta, incluso, que yo había tenido con él, pidiéndole al ver su impotencia para hacer frente a la situación y el abandono en que le tenían los republicanos (sin ánimo para hacer frente a Negrín, pero pidiendo al Presidente que le relevara retirándole la con-



El Presidente Azana y el Jefe del Gobierno, Negrin, en Barcelona, en mayo de 1937.

fianza que las Cortes le votaban siempre), que me dejara marcharme, ya que no dimittía él, me contestó: «Mientras la gente siga dejándose matar, no ya sólo al grito de ¡Viva la República!, sino de ¡Viva Azaña!, y me digan el Jefe del Gobierno y el General responsable de las operaciones militares que se puede resistir y que la guerra no está perdida, mi deber está en aguantar aquí». Las circunstancias habían variado ya en París. La guerra estaba perdida. Rojo, al leer el texto de la dimisión del Presidente, protestó ante él de las Cortes con un telegrama, pretendiendo que rectificara, fundándose en que a él no le cabía responsabilidad en las operaciones militares, por ser ésta del Ministro de la Guerra. Publicó un artículo en Toulouse del que nadie hizo caso, y me han dicho que después en Buenos Aires, un libro infame contra Azaña. No lo he visto.

Cuando supimos por los periódicos y la radio las noticias, tan confusas, de la Junta de Madrid, quisimos creer todos que Casado y Besteiro habían logrado ponerse al habla con el Gobierno inglés y quizás con el propio Franco. Solamente el Presidente desesperaba de esa esperanza nuestra. En octubre había hablado en Barcelona con Besteiro durante cinco horas, y viendo que don Julián estaba de acuerdo con él en todos sus puntos de vista y en la necesidad de hacer la paz, le preguntó —pensando acaso en que pudiera ver el propio Besteiro una solución— con quien contaba. Besteiro le había dicho que con nadie. Y en cuanto a la gestión que en nombre de Azaña había hecho en Inglaterra, mucho antes, siendo todavía Presidente Largo Caballero, con ocasión de la coronación de

Jorge V, Besteiro tenía pocas esperanzas ya, dado que ni aquel Gobierno ni el de Negrín habían intentado una acción concreta respecto a la buena disposición en que el Sr. Eden y otros prohombres parecían haber acogido la del Presidente de la República española y aquél su Embajador extraordinario.

Retirado en Alta Saboya y más tarde en Pyla-sur-Mer, cerca de Arcachon, el ex Presidente no quiso en modo alguno mezclarse en las querellas, que presididas por Prieto y Negrín, ahondan vergonzosamente en el extranjero la natural división entre los españoles. Publicó un libro magnífico «La velada de Benicarló», en francés, en París, y en castellano, en Buenos Aires, escrito en los ocios a que le condenaban sus Gobiernos en Valencia y Barcelona, en el curso del año 37. Es un diálogo entre personas representativas de la vida española durante la guerra, que el autor supone reunidas al azar en el conocido parador entre Castellón y Valencia, que da título al libro. A muchos amigos les ha levantado ronchas. Pero el criado de casa me dijo después de leerlo el año pasado: «¿Y dicen que ese libro no gusta? Será a los ministros...» Al Presidente le hizo mucha gracia cuando se lo conté.

Tremendamente desengañado de sus principales colaboradores, recuerdo que hallándonos comiendo, en París todavía, con Vayo, Azcárate, dijo el Presidente que en España no quedaba nada. «¡Queda el pueblo, siempre admirable!», dijo enfáticamente Vayo. El Presidente contestó que eso era un tópico que, en efecto, él creía conocer bien al pueblo, pero que eso no quería decir nada, que el Pueblo, en definitiva, era una masa así en abstracto, que había que encauzar y

de la que había que elegir y seleccionar a las personas, que no se hacían por generación espontánea».

Muchas veces después, durante su terrible enfermedad, que le hizo padecer pruebas de santo, le he oído dedicar sencillamente sus dolores a cuantos han padecido y padecen más que él. El había dicho en un discurso en Valencia, el primero durante la guerra: «Sea cualquiera su fin, se me romperá el corazón y nadie sabrá quién ha sufrido más».

Ya estando enfermo recibí carta de Giral desde México invitándole a firmar en calidad de **ex Ministro** un manifiesto republicano. Giral forma parte con Martínez Barrio de un Ateneo Salmerrón. Quieren, por lo visto, retrotraer más la historia. No pasan den banquete del 11 de febrero; ni los años ni las catástrofes por ellos. El Presidente les contestó congratulándose de que al cabo los republicanos se hubiesen decidido a hablar, y que estuvieron convencidos de la pérdida de la guerra; pero que él no se creía llamado a cooperar en tales firmas. No creía que fuese para él momento de reintegrarse a la vida pública, para la que siempre estaría dispuesto otra vez, si la oportunidad llegaba, donde estaba o... en Mestalla. Con ello quería decir una vez más que se consideraba tan lejos de los comités de barrio como cerca de los republicanos en masa y uno por uno.

Le parecía absurdo el manifiesto de los ex ministros y ex funcionarios desterrados, donde se dice que si se restaura la Constitución del 31 ellos, en todo caso, se prestarían a un plebiscito (palabra de que abominaban cuando el Presidente la decía al comenzar la guerra) y si en él se aceptaba por la Nación la monarquía, no se opondrían



D. Manuel Azaña en su lecho de muerte. Falleció en Montauban (Francia), el 3 de noviembre de 1940, en el primer piso, habitación número 2, del «Gran Hotel du Midi». (Fotografía, E. Morin, Montauban).

por la fuerza a su instauración.

Azaña creía que de momento, es decir, el año pasado, la monarquía hubiera sido una solución para la cuestión primordial, que tanto le atormentaba: la de los fusilamientos y los presos. Llegó a decirme que si él supiera que su sacrificio evitaba el de los demás, se ofrecería voluntariamente a ser juzgado por Franco. No fue difícil convencerle de que una de dos: o lo fusilarían como uno más, por enemigo número uno que fuese, o le dejarían arrumbado en el supuesto desprestigio que pretenden haberle infligido con obligarle a huir derrotado. Creía, sobre todo, que lo que hubiese en España, y que ni él ni nadie podía de momento prever, no se haría por los desterrados de América, sino por los mismos españoles. **Temía mucho, y con ese dolor se ha muerto, que no su-**

piéramos sino degollados los unos a los otros.

Unos días antes de nuestro raptó, recibió el Presidente inopinadamente la visita de Negrín, de quien no habíamos vuelto a saber palabra. Eran las 10 de la noche y yo me hallaba en casa de Montilla. Cuando regresé, ya se había ido el visitante. Nos invitaba al Presidente y a mí a trasladarnos con él a Inglaterra. El Presidente rehuyó la invitación: «¿No te parece —me dijo— que yo no debo ir con Negrín a ninguna parte?».

Gravemente enfermo del corazón desde marzo del año pasado, ha muerto en Montauban, el 3 de noviembre, a consecuencia, sin duda, de mi condena. Me mataban por él, y ha muerto por mí. Me cumple la empresa delicadísima de guardar su memoria. Deja escritas las suyas políticas, que tiene mi hermana. Deja asimismo,

incompleta, una novela magnífica, «Fresderal», comenzada hace doce años y que reanudaba en sus pocos ocios. Ultimamente tenía la superstición de que siempre que la reanudaba le ocurría algo. Escribiéndola estaba el 14 de abril, escondido todavía, aunque en su propia casa. Me dijo entonces: «Un mes más de encierro y la termino». Fue un comentario a mi noticia de que se había proclamado la República.

¿Qué nos cumple hacer? Creo por mi parte que España necesita un **Protector**, un **Gobernador general**, un **Dictador**, sí, que libremente, enseñe a los españoles la transigencia para vivir, necesaria a toda República. Habremos, pues, ante todo, reintegrarnos a un propósito, antiguo y renovado de Acción Republicana.

(Fin de la carta de Rivas Cherif)